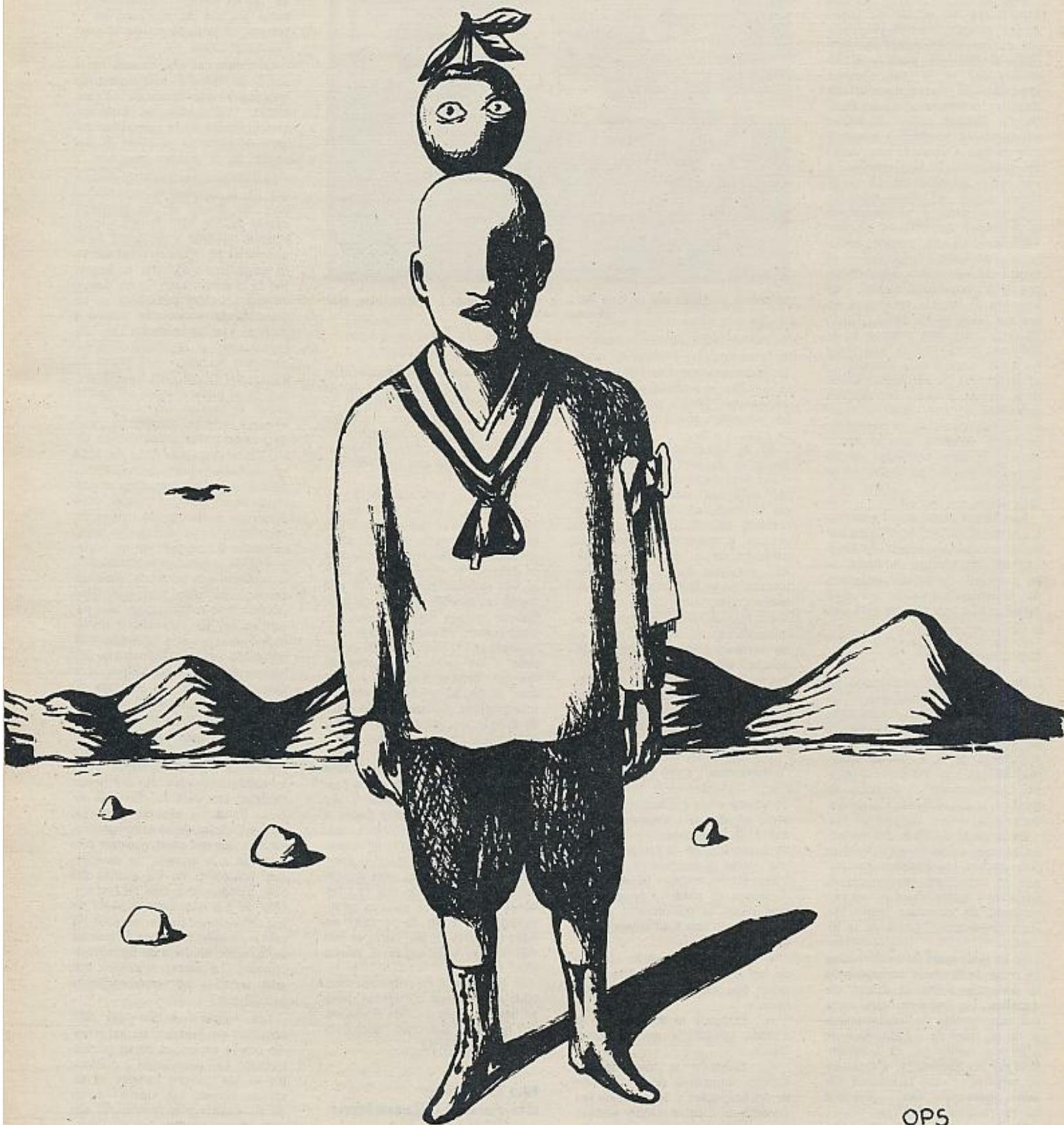


EL FIGUERO



OPS



En París se ha reunido un congreso, ayudado por la UNESCO, con un tema especialmente terrible: el filicidio. Hay una organización mundial, llamada

Filiium, que preside el argentino Arnaldo Rascofsky, que se ocupa de esta lacra social, mucho más extensa de lo que se cree: el martirio, incluso el asesinato, del hijo por sus propios padres. El congreso ha tenido una extensión mayor: la culpabilidad de la sociedad en la muerte de sus hijos, en el abandono y el hambre —no ya el hambre endémica, sino la producida también por el abandono o por el descuido de los propios padres—, la falta de protección al niño en las guerras.

Es un delito frecuente. En otros tiempos, en otras sociedades, ni siquiera estaba considerado como delito: la propiedad del padre sobre sus hijos era absoluta, y aún en algunas estructuras, si la sociedad se imponía al padre en esta cuestión era para obligarle, cuando no quería, a eliminar al hijo deforme. Era el caso de Esparta, y en alguna forma reapareció en la Alemania nazi con las leyes eugenésicas. El Tribunal de Salud Hereditaria (funcionaban en todo el país, con dos médicos y un juez) tenía, sobre todo, carácter preventivo y decretaba la esterilización obligatoria, incluyendo la posibilidad de interrumpir un embarazo si éste estaba ya producido en la mujer sentenciada. En las sociedades actuales no existe ninguna legislación de este tipo, sino muy generalmente la inversa: la protección del niño contra los posibles abusos de sus padres. Sin embargo, vaga, o explícitamente, en muchos países se sigue reconociendo el derecho del castigo corporal del padre, y aún del maestro, sobre el niño: nadie se altera demasiado cuando, en plena calle o en el piso vecino, una madre golpea brutalmente a su hijo en castigo de una falta real o imaginaria.

A pesar de estas legislaciones, y de la literatura de amor padres-hijos, en los Estados Unidos, en 1966, el 5 por 100 del total de los delitos cometidos correspondía a los de los padres sobre los hijos, y hay que tener en cuenta que una gran parte de estos delitos no estaban contabilizados por falta de denuncia, bien por la incapacidad del niño de defenderse acudiendo a la Policía, bien por la lenidad de terceras personas que no se atreven a intervenir. Es en los Estados Unidos donde el doctor Caffrey ha estudiado el "síndrome del niño golpeado", y donde se ha descubierto que una de las causas principales de la mortalidad infantil está en los malos tratos de los padres a los niños. Probablemente, la culpabilidad mayor de los Estados Unidos en este tema es solamente la de tener mejores estadísticas o no disfraczar con hipocresía la situación. Muchos países europeos podrían superarle. En España tenemos la impresión de que el problema es mucho menor, sobre todo, en los últimos años.

¿Qué impulsa a un padre, a una madre, a la agresión contra su hijo, seguida o no de muerte? La sensación de propiedad no es un impulso, es solamente una justificación o un pretexto. Puede haber un componente sadomasoquista, frecuente incluso en quienes "pegan por amor",

para "educar". "Lo hago por tu bien; me duele a mí más que a ti", suelen decir los padres que pegan a sus hijos, y claramente se ve que hay una especie de principio de autocritica, pero algo también peor: querer que el castigado acepte gustoso la mano de quien le castiga, le comprenda y le ame. En los padres que realmente sufren al castigar duramente a sus hijos, pero que lo continúan haciendo, el componente sadomasoquista es mayor. Hay también una transferencia de culpabilidad; hay un deseo de sustituir con el castigo propio el más duro que podría venir del exterior, de la sociedad, si no se corrigen a tiempo las faltas —esto es, la conducta diferente— que el niño puede tener con respecto al grupo en que ha de encuadrarse. Hay muchas veces una venganza contra la sociedad: el hijo ha venido a perturbar el "status" anterior del hombre o la mujer, aparece como un intruso en la vida de la pareja o del individuo, un intruso que requiere sacrificios, y se le castiga por ello. Los freudianos dirán que es un reflejo, una transmisión de la antigua organización de la tribu: el viejo macho, erigido en jefe, sabe que de sus hijos o de los más jóvenes puede venir el desafío que le quitará el poder. Por esta última parte se entra en las sociedades actuales, donde la tensión llamada de generaciones, entre las clases senatoriales que ostentan el poder y las jóvenes ascendentes es cada vez mayor.

¿Se trata de otro problema o es el mismo problema? Probablemente hay parte del mismo. No se ha estudiado bien qué factor representan en las revueltas estudiantiles y juveniles de nuestro tiempo las protestas contra una infancia reprimida. Sin llegar al extremo del discípulo de Freud que atribuía la revolución soviética al intento de liberación de los niños que, según la costumbre rusa, habían sido fajados demasiado estrechamente, hay que pensar que muchos movimientos de lo que se llama "rebeldía instintiva", que viene a sumarse a la razonada, procede de este deseo de liberarse de unas trabas impuestas por medio del castigo y la prohibición. Cuando en nuestros días se escuchan las acusaciones a los padres de ser responsables del "mal comportamiento" juvenil por su falta de autoridad y disciplina, se está escuchando una incitación al castigo. Naturalmente, sin pensar nunca en la brutalidad, en el exceso; mucho menos en el asesinato. Pero no cabe duda de que la prolongación de este efecto puede llegar a todo. La vieja frase de los padres españoles "preferiría verte muerto antes que...", no puede tener en algunos casos más que una aplicación práctica: ver, en efecto, muerto al hijo que "deshonra" la tradición familiar (en lo cual ya se ve claramente que no es "por su bien", sino por el bien propio de quien ejerce el castigo, por autodefensa, como la del esposo que mata a su mujer-propiedad por un delito de los llamados "de honor").

El castigo forma parte de lo que Alejandro y Margarita Mitscherlich llaman "inhibiciones del pensamiento" ("Fundamentos del comportamiento colectivo", Alianza Universidad, Madrid, 1973), que, por una parte, tienden a convertir en tabú las muestras de respeto a los antepasados; por otra, las normas sobre pro-

piedad y dominio. Es, como antes decíamos, una transferencia de culpabilidad: "Cuanto más intimidados están los adultos por los tabúes y normas de su sociedad, tanto mayor es la intolerancia con que se enfrentan al comportamiento espontáneo agresivo o sexual (en el más amplio sentido) del niño". "El adulto que contempla las inocuas acciones del niño con una mirada de severa indignación no ha alcanzado nunca la imparcialidad entre su propia inclinación pulsional y la forma social; mediante su comportamiento frente al niño, prolonga la tradición de una actitud pasiva de sumisión. Mas, por desgracia, tal sumisión es impuesta por una agresividad casi siempre desbocada y acrílica en el comportamiento punitivo. Frente al niño débil (como frente al chivo emisario), reaparece de súbito la inclinación a la violencia, tan eficazmente ocultada otras veces". ¿Cuál es la consecuencia de todo ello? "En la vivencia del niño, la prohibición de agredir y la agresividad vivida mézclanse en una unidad contradictoria que, a menudo, no conseguirá comprender en toda su vida".

En la mayor parte de los padres que golpean con brutalidad a sus hijos, prácticamente en todos, no existe la voluntad de matar. La muerte sobreviene por una falta de control en el castigo, por lo que se llama "un mal golpe", bajo la suposición de que los hay buenos. Otras veces, los castigos consisten en infligir terror: los famosos encierros en cuartos oscuros. Ha habido casos descubiertos por la Policía de niños atados a sus camas durante años, privados no sólo de educación, sino, a veces, de palabra.

En el congreso de Filiium se ha considerado el abandono como una parte del delito de filicidio. Incluso las casas-cuna, los asilos, los internados, serían parte de ese delito: no, naturalmente, por quienes los sostienen o los institucionalizan, por los beneficiarios de los niños, que no hacen más que ofrecer una solución al delito de abandono. El niño necesita desde que nace la presencia de la madre y del padre y su individualización, dice en los que estudian el tema; la uniformidad que les puede dar un centro de asilo puede matar sus posibilidades de acción creadora. Sin embargo, es preciso un estudio sociológico de las razones por las cuales las madres o los padres se ven obligados a entregar a sus hijos, y culpabilizar más bien una estructura propia de la sociedad, que les impide conservarlos.

El viejo folletín suele recoger el tema de los niños martirizados o abandonados —aunque el folletinista clásico siempre ha cuidado de no culpabilizar a la madre, personaje tabú: es la madrastra, el padrastro, o unos gitanos que secuestraron a un niño, como si no tuvieran bastante con su exceso de producción en este campo—, la literatura actual ya no lo encuentra. Ya no hay, prácticamente, Dickens. La razón es que, pese al congreso de París, en las sociedades más favorecidas por la abundancia el problema tiende a desaparecer o es cada vez menor. Se mantiene en las zonas o las familias más pobres. La relación entre la pobreza y el filicidio puede establecerse fácilmente, y se verá cuál es una de las causas sociales de este conjunto de delitos. ■ PABLO BERBEN.